

FÁBULAS DE FEDRO

FÁBULA PRIMERA.

PARA HACER MAL Y DAÑO, NUNCA FALTAN PRETEXTOS.

El lobo y el cordero.

Un lobo y un cordero, acosados de la sed, habían llegado a un mismo arroyo; el lobo estaba agua arriba, y el cordero mucho más abajo. Entonces el lobo robador, instigado de su insaciable voracidad, urdió este pretexto de riña. ¿Por qué me enturbiaste el agua, cuando yo estaba bebiendo? A esto dijo el corderillo temblando: ¿Cómo, ¡oh lobo!, puedo yo hacer eso, de que te quejas? desde ahí viene corriendo el agua donde yo bebo. Atajado el lobo con la evidencia de la verdad, salió diciendo: seis meses hace que me trataste mal de palabra. Por cierto, respondió el cordero, que aún no era yo nacido. Pues sin duda, concluyó el lobo, fue tu padre el que me injurió, y así, habiéndole arrebatado, le despedazó con muerte injusta. Esta fábula se escribió por aquellos hombres; que con pretextos fingidos oprimen a los inocentes.

FÁBULA V.

NO TE ACOMPAÑES CON QUIEN PUEDE MÁS QUE TÚ.

La vaca, la cabra, la oveja y el león.

Nunca es fiel la compañía del poderoso; y esta fábula breve confirma mi proposición.

Una vaca, una cabra y la sufrida oveja se hallaron en compañía de un león en los bosques. Habiendo entre todos cogido un ciervo muy grande, hechas las partes, habló así el león: yo me tomo la primera parte, porque me llaman león. Me daréis la segunda, porque soy valiente. Pues la tercera se me vendrá rodada, porque soy el que más puedo. Si no lograre la cuarta, lo pasareis mal. Así la violencia sola se alzó con toda la presa.

FÁBULA VIII.

ES PELIGROSO HACER BIEN A LOS MALOS.

El lobo y la grulla.

Por dos títulos yerra el que sirve a los malos por alguna recompensa. Lo primero, porque ayuda a los que no lo merecen. Lo segundo, porque ya no puede retirarse sin daño.

Atravesándosele a un lobo en las fauces un hueso, que había engullido, rendido al vivo dolor, comenzó a hacer ofertas a todos, para que le sacasen la causa de su mal. Al cabo se dejó vencer la grulla, fiada en su juramento; y metiendo su largo cuello en las fauces del lobo, le curó, arriesgándose mucho. Y como pidiese el premio concertado: ingrata eres, le dijo el lobo, pues has sacado la cabeza sana de mi boca, y aún me pides paga.

FÁBULA XIII.

EL QUE TE ADULA, TE VENDE

La zorra y el cuervo.

El que gusta de ser alabado con palabras engañosas, casi siempre lo paga con vergonzoso arrepentimiento.

Queriendo un cuervo, que estaba en un árbol empinado, comer un queso que había hurtado de una ventana, le atisbó la zorra, y luego empezó a adularle así: ¡Oh cuervo, y qué vistoso es el lustre de tus plumas! Qué hermosura la que ostentas en tu cuerpo y en tu semblante. Si correspondiera tu voz, ninguna otra ave te haría ventajas. El necio del cuervo, queriendo hacer ostentación de su voz, soltó el queso del pico, y al punto le cogió entre sus dientes hambrientos la astuta raposa. Entonces finalmente lloró su engaño la estupidez del cuervo.

Este suceso prueba cuánto aprovecha el ingenio, y que en todo caso más vale maña que fuerza.

FÁBULA XX.

AL CAÍDO TODOS SE LE ATREVEN.

Un león viejo, un jabalí, un toro y un asno.

Cualquiera que ha caído de su antiguo estado, viene a ser en su desgracia juguete, aun de los más viles.

Hallándose postrado un león; consumido por los años, falto de fuerzas, y ya en los últimos alientos, le acometió un jabalí con sus dientes centelleantes, e hiriéndole, se vengó de cierta injuria antigua. Después un toro atravesó con sus cuernos el cuerpo de su enemigo. El asno, como vio que el león era maltratado sin riesgo, le quebranta la frente a coces. Pero el león ya expirando, dijo: “que los valientes me insultasen a mí, lo he llevado pesadamente; pero ahora me veo precisado a sufrirme a ti, deshonor de la naturaleza; verdaderamente me parece, que muero dos veces.

FÁBULA XXVII.

EL GRANDE NO DESPRECIE AL PEQUEÑO.

Una zorra y un águila.

Los que se hallan elevados, por mucho que lo estén, deben temer a los humildes; porque a la industria ingeniosa siempre la es fácil la venganza.

En otro tiempo una águila se llevó los hijuelos de una raposa, y se los puso en el nido a sus aguiluchos para que se sustentasen. La siguió con tesón la zorra, y comenzó a suplicarle que no diese tanto que sentir a una madre afligida. El águila no hizo caso como quien se tenía por segura en lugar tan alto; pero la zorra arrebató de un altar una tea ardiendo, y puso fuego al árbol por todas partes mezclando con la pérdida de sus hijuelos

el dolor de su enemiga. Aquí el águila por librar a los suyos del peligro de la muerte, volvió rendida sus hijos salvos a la zorra.

FÁBULA XII.

LA OBRA DESCUBRE A SU AUTOR.

Las abejas y zánganos, siendo juez la avispa.

Las abejas habían labrado sus panales en una alta encina: los zánganos ociosos porfiaban que eran suyos. Se llevó el pleito al estrado, siendo juez la avispa; la cual, como conocía muy bien a ambas castas, propuso esta condición a las dos partes: vuestro cuerpo no es desemejante, el color es el mismo; tanto que con razón se ha llegado a dudar del hecho; mas para que no grave mi conciencia con una resolución imprudente, tomad las colmenas, y destilad en los panales de cera la miel, para que por su sabor, y la figura de los panales, acerca de los cuales se litiga, se conozca su autor. Se niegan a esto los zánganos; las abejas admiten la petición. En vista de lo cual la avispa pronunció esta sentencia: claro está quién no pudo hacer los panales, y quién los hizo. Y así adjudicó a las abejas su fruto. Hubiera pasado en silencio esta fábula, si los zánganos hubieran aceptado el partido.

FÁBULA XIV.

A OTRO PERRO CON ESE HUESO.

La comadreja y los ratones.

Una comadreja ya débil por sus años y vejez, no pudiendo dar alcance a los ratones que andaban listos, se revolcó en la harina, y se tendió a la larga en un rincón oscuro. Un ratón, creyendo que era cosa de comer, la asaltó luego, y sorprendido, pagó con la vida; otro pereció de la misma suerte, y a este siguió el tercero. Después de otros varios, vino también un ratón muy experimentado, que muchas veces se había escapado de las trampas y ratoneras, y conociendo a la legua a su sagaz enemiga, dijo: así medres, como eres harina la que estás ahí tendida.

FÁBULA XVII.

CONTENTO CON LO TUYO, NO CODICIES LO AJENO.

Un pavo real a Juno.

Vino el pavo real a la diosa Juno, quejándose de que no le hubiese dado la voz del ruiseñor, cuya voz era la admiración de cuantos le oían, y él era la risa de todos. Entonces por consolarle le dijo la diosa” pero le haces ventaja en la hermosura y grandeza: los brillos de la esmeralda resplandecen en tu cuello, y con las matizadas plumas de tu cola formas una rueda de perlas”. ¿De qué me sirve, replicó el pavo, esta belleza muda, si me excede en la voz? A vosotros, respondió la diosa, se os repartieron las propiedades al arbitrio de los hados. A ti la hermosura, al águila las fuerzas, al ruiseñor la melodía, al cuervo el buen auspicio, a la corneja el mal agüero, y todos están contentos con su suerte. No quieras pretender lo que no se te ha dado a ti no sea que burlada tu esperanza, acabe en queja.

FÁBULAS DE ESOPPO

El anciano y la muerte

Un día un anciano, después de cortar leña, la cargó a su espalda.

Largo era el camino que le quedaba. Fatigado por la marcha, soltó la carga y llamó a la Muerte. Esta se presentó y le preguntó por qué la llamaba; contestó el viejo:

-Para que me ayudes a cargar la leña...

Moraleja: Por lo general, el impulso por la vida es más fuerte que su propio dolor.

El león y el delfín

Paseaba un león por una playa y vio a un delfín asomar su cabeza fuera del agua. Le propuso entonces una alianza:

- Nos conviene unimos a ambos, siendo tú el rey de los animales del mar y yo el de los terrestres -le dijo-

Aceptó gustoso el delfín. Y el león, quien desde hacía tiempo se hallaba en guerra contra un loro salvaje, llamó al delfín para que le ayudara. Intentó el delfín salir del agua, mas no lo consiguió, por lo que el león lo acusó de traidor.

- ¡No soy yo el culpable ni a quien debes acusar, sino a la Naturaleza --respondió el delfín-- , porque ella es quien me hizo acuático y no me permite pasar a la tierra!

Moraleja: Cuando busques alianzas, fíjate que tus aliados estén en verdad capacitados de unirse a ti en lo pactado.

El perro y el cocinero

Preparó un hombre una cena en honor de uno de sus amigos y de sus familiares. Y su perro invitó también a otro perro amigo.

- Ven a cenar a mi casa conmigo --le dijo.

Y llegó el perro invitado lleno de alegría. Se detuvo a contemplar el gran festín, diciéndose a sí mismo:

- ¡Que suerte tan inesperada! Tendré comida para hartarme y no pasaré hambre por varios días.

Estando en estos pensamientos, meneaba el rabo como gran viejo amigo de confianza. Pero al verlo el cocinero moviéndose alegremente de allá para acá, lo cogió de las patas y sin pensarlo más, lo arrojó por la ventana. El perro se volvió lanzando grandes alaridos, y encontrándose en el camino con otros perros, estos le preguntaron:

- ¿Cuánto has comido en la fiesta, amigo?

- De tanto beber, --contestó-- tanto me he embriagado, que ya ni siquiera sé por donde he salido.

Moraleja: No te confíes de la generosidad que otros prodigan con lo que no les pertenece.

